

ct

El eco de una bofetada

de
Juan Vázquez Corrales

(fragmento)

¿Cómo?... No, no lo sé. No sé muy bien qué hago aquí. Todo iba bien... Todo iba muy bien, hasta que empezó a ir mal. Llevo meses sintiéndome como fuera de mí. Las mañanas me rumian, las tardes me tragan, las noches me digieren y el amanecer me vomita. Y así, envuelta en bilis, y con el estruendoso pitido de la mesilla, vuelvo a empezar el ciclo, una y otra y otra vez...

Respira.

Todo empezó hace algo más de tres meses. Ana vino a verme a casa; creo que hacía años que no nos veíamos... Me dijo que estaba trabajando aquí, que acababa de estrenar una obra. Ana es actriz. Yo le dije que quería verla, me dijo que no hacía falta, que no me iba a gustar. Pero yo insistí, varias veces. No, de verdad, que no hace falta. Quiero ir, Ana.

Al final dijo que sí. Me apetecía mucho ir... Me gusta tanto el teatro y... bueno, ella lleva... lleva... toda la vida en eso, de aquí para allá. Yendo y viniendo...

Lo cierto es que no... no recuerdo haberla visto actuar antes, pero lleva toda la vida. Toda la vida actuando.

Intenta escucharse.

¿No había ido nunca a verla actuar?

Creemos que el pasado es en blanco y negro, pero no. El pasado se huele, solo un instante; retumba como una explosión lejana... y desaparece.

Debería haberla visto actuar antes, ¿Cómo no la había visto actuar hasta ahora? A mí siempre me gustó el teatro. Yo podría haber sido actriz...

Un rayo de dolor le cruza la sien.

Se repone. Inspira la calma.

«Antígona». Antígona es la obra que está haciendo Ana.

Pensé que iría a un teatro. Un teatro con sus palcos, sus ornamentaciones doradas... Pero no, era una especie de local industrial, con las paredes pintadas de negro, sin calefacción y con unas sillas de plástico muy incómodas.

Sonríe.

Nunca había experimentado una paz tan profunda en ningún lugar. Sentía como si en ese intento de butaca me abrazara el mundo entero. Y, entonces, un grito de polvo rompió la garganta de Ana con la voz de Antígona: P O L I N I C E S.

Quedé atrapada por ese alarido hasta el palmoteo del final.

No recordaba haber sentido nada parecido nunca. No es solo que estuviera disfrutando con la representación, es que cada vez que Ana aparecía, cada vez que Antígona hacía su entrada, una fuerza me empujaba como de dentro a fuera; el escalofrío de un cítrico muy ácido. Mis labios

comenzaban a moverse al compás de los de la hija maldita de Edipo. No, sin producir ningún sonido, pero mi voz se colocaba, mi diafragma se activaba y mi lengua articulaba, como si las palabras de Sófocles hubieran sido una canción de cuna para mí... en otro tiempo.

Pestañeeé con la luz del aplauso final y ya estaba sola en el patio de butacas. Esperé dudosa; el chico de las entradas me preguntó. «Espero para saludar a Ana», le dije. «Puedes entrar en el camerino, tranquila». Y me guió hasta aquella habitación que olía a desmaquillante, flores y sudor limpio.

Estaba a medio vestir, mitad Ana y mitad Antígona. Le di la enhorabuena, le abracé, la aupé, lloré, reí... «Es increíble lo que hacéis, me ha tocado el alma, es... no sé, he sentido que me llamaba... me encantaría hacer lo que haces».

Se da una bofetada en la cara.

El eco de la bofetada quedó entre las dos. Me miró como Ismene miró a Antígona antes de entrar en esa cueva.

«Lo siento», dijo. Y se fue.

Desde esa noche todo ha ido mal.